refieren a las imágenes, los pensamientos expresados, las expresiones mismas.

a) Coincidencias de imágenes y comparaciones:
El novio: Joan. 3, 29; Matth. 9, 15 y paral.
La cosecha: Joan. 4, 35 y ss.; Matth. 9, 37 y s.
El buen pastor: Joan. 10, 7; Matth. 18, 12.
El amo desempeñando el papel de sirviente: Joan. 13, 4 y ss:; Luc. 12, 37; 22, 17.
El maestro con relación al dicípulo: Joan. 13, 16; Matth. 10, 24 25.
La viña: Joan. 15, 1 y ss.; Matth. 21, 33.
El árbol estéril: Joan. 15, 2; Matth. 7, 19.

b) Coincidencias de pensamientos:
El Hijo del hombre venido para salvar: Joan. 3, 17; Luc. 9, 56.
El profeta sin prestigio en su pais: Joan. 4, 44; Matth. 13, 57, Marc. 6, 4; Luc. 4, 24.
La voluntad de Dios: Joan. 5, 30; Matth. 26, 39 y paral.
El Padre, conocido por Cristo: Joan. 7, 29; Matth. 11, 27.
La ceguera moral: Joan. 9, 39; Matth. 13, 13.
Perder su vida y salvarla: Joan. 12, 25; Matth. 10, 39; Luc. 17. 33.
Recibir a un apóstol es recibir a Dios: Joan. 13, 20; Matth. 10, 40.
Los cristianos perseguidos: Joan. 16, 2; Matth. 24, 9.

c) Coincidencias verbales:
Yo soy la voz del que clama... Joan. 1, 23; Matth. 3, 3 y paral.
Yo bautizo con agua..., Joan. 1, 26 27; Matth. 3, 21 y paral.
Como una paloma que baja, Joan. 1, 32; Luc. 3, 22.
Sígueme..., Joan. 1, 43; Matth. 8, 22, etc.
Entrar en el reino de Dios..., Joan. 3, 5; Marc. 9, 46; Luc. 11, 52.
Levántate... Joan. 5, 8; Marc. 2, 9.
Soy yo, no temáis..., Joan. 6, 20; Marc. 14, 27.
Probará la muerte..., Joan. 8, 52; Marc. 9, 1.

Por qué este perfume..., Joan. 12, 5; Marc. 14, 5.
Uno de vosotros me entregará..., Joan. 13, 21; Marc. 14, 18.
Paz a vosotros, Joan. 20, 19; Luc. 24, 36, etc.

En los pasajes que tiene en concierto con los sinópticos, S. Juan parece adherirse generalmente a S. Mateo más que a los otros dos evangelistas. Sin embargo se ha observado que emplea, aquí y allá, expresiones propias tanto de S. Marcos como de S. Lucas.

Por ejemplo: Joan. 5, 8 9 y Marc. 2, 9, 11 12, leemos la palabra latinizada "krábbatos" (lecho), mientras que S. Mateo tiene "klíne" (lecho) y S. Lucas "klínidion" (pequeño lecho).

S. Marcos, 6, 37 y S. Juan, 6, 7 son los únicos en evaluar en doscientos denarios el pan necesario para alimentar la multitud; los únicos también (Marc. 14, 3; Joan. 12, 3) que llaman "nardós pistiké" al perfume derramado por María sobre la cabeza de Jesús. Comparad también los pasajes Marc. 15, 9 y Joan. 18, 39; Marc. 16, 9 y Joan. 20, 14, etc.

Por otra parte he aquí una lista de coincidencias interesantes entre diversos pasajes de S. Juan y de S. Lucas:

S. Juan	S. Lucas
1, 19 y ss.	3, 15 16
6, 42	4, 22
10, 27 y ss.	12, 32
13, 1; 14, 30	9, 51; 22, 53
14, 4 y ss.	22, 27
-17	11, 28
-22	22, 23
-27	3
-37	33
14, 30	4, 13
16, 7	24, 49
18, 36 37	7, 20 21
-38	23, 4
20, 3, 6	24, 12
-19 y ss.	36 y ss

3º Pasajes en los que S. Juan supone en sus lectores el conocimiento de los Sinópticos, a los que remite de manera tácita.

Estos pasajes son multiples y evidentes. "Suponemos en efecto que el autor del cuarto evangelio se dirige a lectores que se sabía que conocían la historia de Jesús en sus rasgos generales y esenciales, de manera que no tenía necesidad de contarla de nuevo con todos sus detalles". Reuss es quien hace esta concesión, y sería muy difícil incluso para los más encarnizados adversarios de la autenticidad del cuarto evangelio el no hacerla.

Entre las coincidencias de este género, no mencionaremos más que las más notables. Consisten de ordinario en simples notas muy concisas, pero que para cualquiera que conozca por poco que sea los Evangelios, encuentran enseguida su desarrollo, su comentario, en tal o cual relato de los sinópticos.

Los detalles dados por S. Mateo, 1, 18 25 y por S. Lucas, 1, 26 37, sobre la concepción virginal de Jesús ¿no están resumidas en esta profunda palabra de S. Juan, 1, 14: "Y la Palabra se hizo carne"? La madre del Verbo encarnado no aparece más que dos veces en el cuarto evangelio, 2, 3 5; 19, 25 27 y de una manera muy rápida; y sin embargo estas pocas líneas suponen verdaderamente entre ella y su divino Hijo relaciones tan dulces y tan íntimas como S. Lucas las ha descrito perfectamente. S. José tiene también en el evangelio según S. Juan las mismas relaciones con Jesús que en los Sinópticos: él no es más que el protector, el alimentador de Cristo, y pasa por su padre delante de la multitud. Cf. Joan. 1, 45; 6, 42 y Matth. 13, 54 58 y paral.

El testimonio del Precursor es el mismo en una parte y en otra (Joan. 1, 19 y ss.; cf. Matth. 3, 1 y ss., y los pasajes paralelos de S. Marcos y de S. Lucas). S. Juan no cuenta explícitamente el bautismo de Jesús; pero una declaración del Precursor nos recuerda del modo más claro este importante episodio. El pasaje Joan. 7, 41 42 establece no menos claramente la diferencia que existía entre el lugar de nacimiento de Jesucristo y Galilea, donde pasó la mayor parte de su vida: diferencia que los sinópticos habían expuesto en términos más completos.

Joan. 6, 71 trata sobre los "Doce", y más adelante, Joan.

21, 2, de los "Hijos de Zebedeo", sin ningún otro detalle. Es que el autor del cuarto evangelio sabía que estos personajes eran suficientemente conocidos, gracias a los escritos de sus predecesores.

En otra parte, Joan. 4, 44,)no tenemos una reminiscencia visible del indigno tratamiento que el Salvador recibió de sus compatriotas?

La nota, Joan. 3, 24, "todavía, en efecto Juan no había sido enviado a la cárcel", no se explica sino en tanto que resume las narraciones más explicitas de los otros evangelistas sobre la prisión de S. Juan Bautista.

Se ha pretendido que según S. Juan el ministerio de Nuestro Señor Jesucristo no se ejercitó más que en Judea y en Jerusalén; pero los siguientes rasgos, Joan. 6, 2; 7, 1, 3; 10. 40 42 nos muestran al Mesías actuando y predicando tanto en Galilea, como en Perea, de la misma manera que en los tres primeros Evangelios.

Habría por hacer un estudio interesante sobre los caracteres de los principales personajes del evangelio, según las cuatro redacciones. Se vería entonces hasta qué punto son idénticos por una parte en S. Juan, y por otra en los sinópticos, aunque éstos dan generalmente más detalles.

S. Juan no expone de manera propiamente dicha ni la institución del sacramento del bautismo, ni la de la eucaristía, pero tiene el equivalente de la primera en la entrevista con Nicodemo, Joan. 3, 5, y el equivalente de la segunda en el discurso pronunciado en Cafarnaúm después de la multiplicación de los panes, Joan. 6. Lo mismo para la Ascensión, que recuerda con una sola palabra, Joan.20, 17.

En conclusión se ve cuán real es la armonía entre la obra de S. Juan y la de los sinópticos, a pesar de las grandes divergencias que han sido indicadas más arriba. La unidad es real, perfecta y se opera sin violencia. Los sinópticos dejan aquí y alla como brechas y aberturas, por donde pueden introducirse muy simplemente y muy naturalmente los hechos propios de S. Juan y S. Juan por su parte tiene espacios vacíos para recibir los materiales propios del los sinópticos. Estos últimos no excluyen el ministerio mesiánico del Salvador en Jerusalén durante su vida pública, igual

que S. Juan no excluye el ministerio de Jesús en Galilea durante el mismo periodo. Tal como se ha dicho, "la perfecta independencia (de los cuatro evangelistas) se resuelve en una perfecta armonía".

4° Esto es no menos cierto del retrato de Nuestro Señor Jesucristo, tal como se desprende de nuestros dos grupos de narraciones. Es necesario tener las prevenciones, la ceguera voluntaria de los racionalistas contemporáneos para no reconocer por ambas partes al mismo Dios Hombre, al mismo Jesús Mesías, simplemente presentado bajo aspectos diversos.

En nuestros días se ha comparado esta diferencia exterior de una manera exacta y delicada, con la que existe entre la fisionomía de Sócrates según los escritos de Platón y los de Jenofonte. Igual que Jenofonte describe más la actividad práctica de su héroe, mientras que Platón traza sobre todo la actividad filosófica: igualmente S. Juan describe al ser superior de Jesucristo, mientras que los sinópticos insisten más bien sobre los hechos exteriores de su vida.

Pero por las dos partes es el mismo Jesús, el mismo Redentor de la humanidad, el mismo Hijo de Dios.

En lo que respecta a los discursos y las palabras del Maestro, S. Juan tiene páginas simples y populares, que recuerdan el Sermón de la montaña o las parábolas. Por otra parte los pasajes Matth. 1, 25 30 y Luc. 10, 21 24, ¿no alcanzan una elevación digna del cuarto evangelio?

Según S. Juan, como según los sinópticos, a Jesús le gusta aplicarse la apelación significativa de "Hijo del hombre", para marcar el lado más humilde de su naturaleza. Pero también según los sinópticos, como según S. Juan habla y actúa constantemente somo Hijo de Dios, haciendo en todas partes de su persona el centro de su enseñanza, de toda la redención.

La siguiente lista, que podríamos alargar mucho, lo demuestra con mucha abundancia: Matth.7, 22, "Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre y en tu nombre arrojamos demonios...?" Matth. 9, 2 y ss., "Confía, hijo, tus pecados te son perdonados". Matth. 10, 1, "Les dió el poder sobre los espíritus inmundos, para que los expulsaran...". Matth. 11, 27, "Todas las

cosas me han sido comunicadas por mi Padre y nadie conoce al Hijo, sino el Padre...". Matth. 13, 41, "El Hijo del hombre enviará a sus ángeles...". Matth. 18, 20 "Pues donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos". Matth. 20, 28, "El Hijo del hombre... viene... para dar su vida en redención de muchos". Matth.21, 37, "Temerán a mi Hijo". Matth. 22, 45 "Si David lo llama Señor...". Matth. 25,31 "Cuando venga el Hijo del hombre en su majestad... ". Matth. 26, 28, "Mi sangre del Nuevo Testamento... ".Matth. 28, 20, "Yo estoy con vosotros todos los días ..." Luc. 21, 15, "Yo os daré una boca y una sabiduría, a la que no podránr resistir... todos vuestros adversarios". Luc. 24, 49, "Yo os envío la promesa de mi Padre". Etc.

Y también en S. Juan, como en los sinópticos, ¿la prueba de la divinidad no está sin cesar apoyada en milagros, milagros que son ciertamente contados en pequeño número de manera explícita, pero que llevan nombres característicos y que aparecen sólo a modo de ejemplos elegidos en una inmensa categoría de hechos semejantes? "Signos", Joan. 2, 23; 3, 2; 4, 48. "signos y prodigios", Joan. 5, 19, 21, 36; 6, 2, 14, 26; 7, 3, 31; 9, 3, 4. "obras de Dios", Joan. 9,16. "Muchos signos", Joan. 12, 18, 37 43; 14, 10 13; 15, 24.

III. Explicación del doble fenómeno de las semejanzas y diferencias.

Respecto a las coincidencias, nada más simple: el fondo común de la historia evangélica. Inútil insistir sobre este punto; pero es necesario insistir sobre las causas de las diferencias, puesto que éste el elemento que domina en las relaciones del cuarto evangelio con los precedentes.

1º S. Juan escribió su evangelio bastante después de la aparición de los de los sinópticos, y en parte notable para completarlos, como afirma la tradición. Por tanto omite la mayoría de las cosas que ellos habían contado suficientemente, contentándose con remitir a ellos por medio de insinuaciones y fórmulas generales, e insertó otros hechos en su lugar.

2º En esta época más tardía, se acentuó la lucha entre el cristianismo y el mundo, entre la Iglesia y la sinagoga. Los gér-

menes de las primeras herejías aparecieron. La sociedad cristiana tiene necesidades especiales dentro o fuera. De ahí el fin especial también que se propuso S. Juan, cuando emprendió la composición de su evangelio. A los primeros cristianos, a la Iglesia todavía en la cuna, la leche de la doctrina bastaba (cf. Hebr. 5, 12), y los primeros evangelistas se la proporcionaron en concurrencia con la predicación oral; a la Iglesia llegada ya a su madurez, puesta en contacto con los sistemas filosóficos de Asia Menor, S. Juan les ofrece platos más sólidos, bajo la forma de los profundos misterios que él había bebido en el corazón mismo de Nuestro Señor Jesucristo."No dice nada humano, sino que todo lo que habla,lo bebió de los abismos espirituales, de aquellos arcanos que antes de que existieran ni siquiera los ángeles los conocían. De ahí viene, como dice S. Jerónimo, que "su propio Evangelio dista mucho de los demás". En efecto, la diferencia de finalidad debía necesariamente crear la diferencia de método.

3° Finalmente, lo hemos visto, ya que S. Juan y los sinópticos coinciden raramente en sus relatos, ya que no ofrecen todos más que una biografía incompleta del Salvador, ¿qué tiene de extraño que difieran entre ellos? El auditorio al que Jesús se dirige no es el mismo; de ahí las diferencias de tono y de lenguaje. En una palabra "las divergencias de fondo y de forma corresponden a diferencias de personas y de localidades".

Concluyamos y resumamos esta larga discusión sobre las relaciones mutuas de los evangelistas, reiterando la palabra de S. Ireneo: "Evangelio de cuatro formas". Realmente no hay más que una sola historia Evangélica, un Evangelio único, aunque este Evangelio haya aparecido bajo una forma cuádruple. Sus cuatro redacciones canónicas, a pesar de sus diferencias numerosas, están estrechamente ligadas entre ellas por la unidad de hechos, la unidad de la doctrina, y la unidad del espíritu.

Notas:

[1] Cf. Cramer, Catena in Marc., I, 13,15, etc.
[2] Hœr, LU, 6.
[3] Homil. in Joan, tom. IX.

[4] De consensu evangelist., I, 2,4.
[5] Historica el critica Introductio in ulriusque Testamenti libros sacros, t. III, p. 183. Les mots soulignés l'ont étè par l'auteur lui-même.
[6] Voyez les pages, 41-43.
[7] Voyez nos introductions particulières aux trois premiers évangiles.
[8] A. Réville, Etudes critiques sur l'Evangile selon S. Matthieu, p. 151 et ss.
[9] Thomson, Word, Wortk and Will p. 21.
[10] Ibid, p. 19.
[11] Le Camus, Vie, de N.S. Jésus-Christ. 2ª édit., t. I. p. 36.
[12] Godet, Commentaire sur l'Evangile de S. Luc., t. II, p. 534 dela 2ª édition.
[13] Le Camus, loc. cit., p. 37.
[14] L. Abbot, Matthiew and Mark, p. 35.
[15] "Les copies et les commentaires ne détruisent pas les textes originaux." Mgr. Meignan, Les Evangiles et la critique, p. 412 de la 1ª édit.
[16] C. Cels, II, 27.

VII. LA CRONOLOGIA DE LOS EVANGELIOS

Otra cuestión complicada, que deja al exégeta aún más perplejo que la de las relaciones mutuas de los evangelistas.

Aquí el problema es absolutamente irresoluble, como lo prueban las divisiones sin fin de los astrónomos y de los matemáticos de primera fila que se han ocupado de ello. Los escritores eclesiásticos de los primeros siglos no lo trataron ex professo; se contentan ocasionalmente, con fechas rápidas; y sin embargo estas fechas son ya discordantes. Así la certidumbre completa es totalmente imposible.

"Para el nacimiento de Jesucristo, dice Wallon en su excelente disertación sobre este punto, todos los años han sido propuestos y defendidos hasta los límites más inverosímiles, desde el año 22 antes de nuestra era hasta el año 9 de esta misma era".

Es decir que a 31 años consecutivos se les ha dado el honor de verlos como testigos del nacimiento del Salvador.

Citando sólo opiniones serias (cuántas divergencias aparecen inmediatamente!

747 de la fundación de Roma, 7 años antes de la era vulgar: S. Clemente, Ideler, Wallon, Mémain.

748 u. c., 6 años antes de la era vulgar: Képler, Cornely, etc.

749 u. c., 5 años antes de nuestra era: Tillemont, Pétau, Anger, Wieseler, Greswell, Friedlieb, Schegg, Schanz, Fouard, etc.

750 u. c., 4 años antes de nuestra era: Lamy, Bengel, etc.

751 u. c., 3 años antes de la era vulgar: Tertuliano, S. Jerónimo, Baronius, Bosanquet, Lauth, Volkmar, etc.

752 u. c., 2 años antes de nuestra era: Clemente de Alejandría, S. Epifano, Caspari, Riess, etc.

753 u. c., 1 año antes de la era vulgar: Pearson, Hug, etc.

754 u. c., el año 1 de nuestra era: Denys le Petit, etc.

Igualmente, continúa Wallon, "el año que S. Lucas designa para la misión de Juan Bautista es el que un gran número de antiguos y algunos cronologistas modernos adoptan para la de la pasión".

Por ello también una sorprendente variedad para fijar la fecha de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

782 u. c., o 29 de nuestra era, según Tertuliano, Lactancio, S. Clemente Ideler, Patrizi, Sepp, Zoeckler, etc.

783 u. c., 30 de la era vulgar: Wieseler, Caspari, Friedlieb, Schegg, Bisping, Fouard, etc.

784 u. c., 31 de nuestra era: Pétau, Anger, Ljungberg, etc.

785 u. c., 32 de nuestra era: Baronius, Weigel, etc.

786 u. c., 33 de la era vulgar: Scaliger, Usher, Hase, Bosanquet, Wallon, Riess, Mémain, etc.

787 u. c., 34 de la era vulgar: S. Jerónimo, Volkmar, Sevin, etc.

788 u. c., 35 de nuestra era: Bunsen, Hausrath, Keim, etc.

789 u. c., 36 de nuestra era: Hitzig, etc.

¿Cómo explicar tales divergencias? Es necesario evidentemente que las bases de los cálculos, es decir las cifras de los escritores sagrados sean bastante fluctuantes, ya que todos los autores que acabamos de citar pretenden apoyarse sobre ellas para establecer su opinión.

Afortunadamente, y la conducta de los Padres lo muestra

bien claro, esta cuestión no es en absoluto vital para la historia evangélica; por el contrario es muy accesoria en si misma, al lado de las acciones y de la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo con contenidos en los santos evangelios. "Que sea necesario poner algunos años más pronto o más tarde al nacimiento de Nuestro Señor y después prolongar su vida un poco mas o un poco menos, es una diversidad, que proviene tanto de las incertidumbres de los años del mundo como de los de Jesucristo. Y sea lo que sea, un lector atento habrá podido ya reconocer que no tiene ninguna relevancia para el cumplimiento de los consejos de Dios. Hay que evitar los anacronismos que embrollan el orden de los asuntos y dejar a los sabios disputar los otros".

Importa sin embaargo por respeto hacia el evangelio y hacia la vida de Jesús que tratemos de aproximarnos lo más posible a la verdad, incluso en este punto secundarios.

Por lo demás la dificultad consiste más en fijar de una manera aproximada los datos principales de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, que en establecerlos con una certeza rigurosamente matemática: el primer punto es relativamente claro y fácil; el segundo es oscuro, y tal es sin duda el motivo por el que ha apasionado a un número tan grande de sabios.

Los volúmenes compuestos sobre esta cuestión sobrepasan la cifra de cien, las simples disertaciones la de mil. Entre los autores contemporáneos que hemos aprovechado más o menos para componer estas páginas citaremos sobre todo: Wieseler, Seyffarth, P. Patrizi, P. Ammer, Chavannes, Zumpt, Caspari, Sevin, Ljungberg, Riess, Schegg, Memain y excelentes páginas de Wallon, Fouard y Schanz.

Tenemos que buscar tres datos principales: ¿cuándo nació Jesucristo? ¿en qué año comenzó su ministerio público? ¿cuál fue el año de su muerte?

I. EL AÑO DEL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Recordemos primero que es a Dionisio el Pequeño, abad romano que vivía a mediados del siglo VI a quien debemos el ori-

gen de la era llamada vulgar, a veces llamada por su nombre: era dionisiaca.

Hasta él se había calculado los años eclesiásticos a partir de la era diocleciana, denominada también "era de los mártires"; pero el abad Dionisio tuvo la feliz idea de realizar de una forma nueva la riquísima expresión de S. Pablo, "la plenitud de los tiempos", y referir la cronología antigua, presente y futura al año del nacimiento de Cristo. Adoptada poco a poco por la Iglesia, esta era acabó por pasar igualmente, hacia el siglo XI, al uso civil para todos los pueblos cristianos.

Desgraciadamente, como consecuencia de cálculos erróneos, es falsa en su punto de partida, fijado en el año 754 después de la fundación de Roma. Tiene un retraso de varios años, todos están de acuerdo en ello; aunque los cronologistas, por la diversidad de sus propios sistemas, no están de acuerdo para determinar el número preciso de años.

Para calcular la fecha del nacimiento del Salvador, tenemos algunas indicaciones bastante directas de los evangelios.

1º S. Mateo, 2, 9 y S. Lucas, 1, 5 cuentan en términos explícitos que Jesús nació durante el reinado de Herodes el Grande y que el exilio momentáneo del divino Niño a Egipto tuvo fin a la muerte de este rey. Ahora bien diversos detalles del historiador Josefo nos permiten reconstruir los datos principales de la dominación de Herodes. Subido al trono bajo el consulado de Cn. Domitius Calvinus y de C. Asinius Pollio, es decir el año 714 después de la fundación de Roma, no acabó su largo reinado más que al comienzo del año 750, entre el final de marzo y los primeros días de abril, en consecuencia el año 4 de la era vulgar.

Esta fecha es muy segura si se mantiene en su generalidad: Nuestro Señor Jesucristo no ha nacido más tarde del mes de abril del 750 u. c. Sólo la divergencia proviene de que los comentaristas y cronologistas requieren un intervalo más o menos considerable para el cumplimiento de los misterios de la Santa Infancia, a partir de Navidad hasta la matanza de los Inocentes, hecho que precedió poco tiempo la muerte de Herodes. Para nosotros que creemos que algunas semanas pueden ser suficientes, no tenemos ninguna dificultad en situar el nacimiento de Jesús hacia el final

de diciembre del 749.

2° Según S. Lucas, 2, 1 15, hubo hacia la época del nacimiento de Cristo, un censo universal en todo el imperio romano; y esta operación tenía lugar precisamente en Judea, cuando María dio a luz al Hijo Dios en Belén.

¿Es posible establecer exactamente la fecha de este censo y sobre todo la de su ejecución en la provincia de Judea? Tendríamos entonces otra base importante para nuestros cálculos.

Desgraciadamente nada es bien seguro, sobre todo en lo que respecta al censo parcial de las provincias, como lo demuestran todavía las divergencias que existen entre los mejores autores. Al menos a falta de un resultado decisivo, podemos decir que parece seguro que el edicto fue promulgado en el 746 u. c., y que se tuvo su completa ejecuión en el 760.

3° No llegamos a nada más seguro por los cálculos relativos a la estrella y la visita de los Magos, aunque hombres del tipo de Képler, de San Clemente, de Ideler, de Wieseler, etc. los pusieron antaño de moda.

Képler, testigo en 1603 y 1604 de una notable conjunción de Júpiter, de Saturno y de Marte en el signo de Piscis, había pensado que la estrella de los Magos bien habría podido consistir en una conjunción análoga de los mismos astros. Sus tablas astronómicas le mostraron en efecto que había tenido lugar en el 747 y 748 de la fundación de Roma, de siete a seis años antes de la era vulgar; y finalmente adoptó el año 748 como la fecha del nacimiento de Jesucristo sin excluir sin embargo el año 749. Pero estos cálculos son tan poco seguros que otros tomando el mismo punto de partida adoptan los años 747 o 750.

Por cierto es una suposición falsa, porque la estrella de los Magos designa difícilmente una conjunción de este tipo. Sin duda fue un simple meteoro que desapareció sin dejar rastro.

4° Un detalle en apariencia insignificante de S. Lucas, 1, 5, "Zacarías del turno de Abias", ha servido igualmente de punto de apoyo a sabias investigaciones para precisar el año del nacimiento de Cristo.

Esta clase sacerdotal de Abias era la octava de aquellas que David había instituido, en número de veinticuatro, cuando

organizó el culto divino. Ahora bien, se sabe que cada clase estaba en servicio del templo durante una semana; el evangelista nos dice por otra parte que la clase de Abias estaba en servicio poco antes de la concepción de S. Juan Bautista, seis meses antes del misterio de la Encarnación, por consiguiente quince meses antes de Navidad. Se concibe pues que los cronologistas hayan sentido el deseo de descubrir el orden de servicio de las diferentes clases.

Dos vías eran posibles y han sido seguidas alternativamente: bajar a partir de tal o cual periodo, hasta la época del nacimiento de Nuestro Señor, lo que ha hecho Scaliger desde la dominación de Judas Macabeo, pero con resultados bastante vagos; subir por el contrario a partir de la ruina de Jerusalén hasta este mismo periodo, retrocediendo el curso de los años.

He aquí de qué modo se ha procedido según el segundo método. El Talmud y Josefo dicen expresamente que los Romanos huyeron de la capital Judía el 9 Ab 823 u. c., es decir el 5 de agosto del 70 de la era vulgar. Añaden que la víspera de este día la primera clase sacerdotal entraba en funciones. De donde seguía que la octava, la de Abias, había estado en servicio del 17 al 23 de abril y del 3 al 9 de octubre del 748. Mediante la adición de quince meses a esta última fecha se obtiene el comienzo de enero del 750.

Este resultado no nos desagrada, ya que es aproximadamente el que hemos adoptado antes; pero el razonamiento es bien aleatorio, porque en un tiempo en el que el pontificado soberano pertenecía al que más ofrecía, ¿estamos bien seguros que el orden de las clases sacerdotales fue rigurosamente seguido?

Concluyamos, según la única base que nos parece sólida hasta aquí, que lo más verosímil es el final del 749 u. c., o del año 5 antes de la era vulgar.

En cuanto al día es absolutamente imposible determinarlo científicamente. Sin embargo, la práctica de la antigua Iglesia nos enseña lo siguiente. " Es incontestable que la fiesta del 25 de diciembre ha sido celebrada desde la más alta antigüedad por la Iglesia de Roma y en todo Occidente; pero sólo en el siglo IV los cristianos de oriente adoptaron por completo esta fiesta y comenzaron también ellos a celebrar el 25 de diciembre. Ellos no conocían

hasta entonces más que la Epifanía, y algunos ligaban a este mismo día del seis de enero todas las grandes manifestaciones de Nuestro Señor: la Navidad, la adoración de los Magos, el bautismo del Salvador, y el milagro de las bodas de Caná. Era mucho para el mismo día. La tradición de la Iglesia romana, ligando la navidad al 25 de diciembre pareció mejor fundada que el sentimiento contradictorio; también todas las Iglesias, así como todos los doctores de Oriente, se apresuraron a adherirse a ella".

II. COMIENZO Y DURACION DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS

1º El comienzo de la vida pública de Nuestro Señor Jesucristo. Dos textos evangélicos nos proporcionan a este respecto una luz más o menos viva.

Joan. 2, 20, los judíos dirigieron esta pregunta a Jesús que se sentía con fuerza, como signo de sus poderes divinos, para reconstruir "este templo" en tres días: "En cuarenta y seis años se ha edificado este templo, y tú lo vas a construir en tres días? He ahí evidentemente un dato importante.

Se trataba del segundo templo llamado de Zorobabel, construido sobre las bases del de Salomón, después del retorno del exilio y que Herodes el Grande había comenzado a restaurar y agrandar. Según Flavio Josefo esta reconstrucción, inaugurada veinte años antes de la era vulgar, el año 734 de Roma, no se acabó hasta mucho tiempo después, en el 817 o el 818 u. c., casi en el momento en que iba a ser destruido. Pero añadiendo 46 a 734, se obtiene 780 para la primera Pascua de la vida pública de Jesús.

S. Lucas, 3, 1 3, 23, nos proporciona un documento aun más seguro que se considera con buena razón como el más importante de todos los que contienen los evangelios sobre esta cuestión cronológica. " En el año... décimo quinto del imperio de Tiberio César, escribe él, gobernando Poncio Pilato Judea, ... fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto; y vino por toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia". es decir, lo más claramente posible, que el Precursor

comenzó su ministerio el año décimo quinto de Tiberio. Ahora bien, en esta época, continúa el evangelista (vers. 23), el propio Jesús tenía casi treinta años.

¿Cuál es pues este año décimo quinto de Tiberio? ¿Es posible que las opiniones se hayan dividido en una fecha tan clara? Desgra-ciadamente es lo que ha sucedido, porque se la calcula según dos mé-todos diferentes, de manera que se produce una variación de dos años, y en consecuencia una gran inseguridad.

Unos, y a primera vista parece que este proceder es el más natural, cuentan los años del reinado de Tiberio a partir de la muerte de Augusto, que tuvo lugar el 19 de Agosto del 767 u.c., el año 14 de la era vulgar. El año 151 del sucesor de Augusto debería pues ser, según esto, desde el 19 de agosto del 781 al 19 de agosto del 782 (28 29 de la era vulgar); pero entonces, restando a esta cifra los "treinta años aproximadamente", que tenía Jesús, se obtendría como fecha de su nacimiento el 751 o 752: resultado condenado de antemano por la necesidad de situar la primera navidad cristiana como más tarde hacia el comienza del año 750. Sin duda, la partícula "quasi = casi" es elástica y nos deja algún margen: los partidarios de la interpretación precedente la aprovechan para dar al Salvador, en esta fecha, hasta treinta años, según la necesidad; lo que es ciertamente exagerado, porque las palabras de S. Lucas no nos permiten sobrepasar el año treinta.

A causa de esta dificultad muy real, la mayor parte de los exégetas contemporáneos han pensado que era preferible los años de Tiberio a partir del momento en que fue asociado a Augusto en calidad de "collega imperii" o de "consors tribuniciae potestatis", lo que tuvo lugar desde el año 765 u. c., es decir el año 12 de la era vulgar. Este año décimo quinto iba pues desde el 779 a 780, lo que coincidiría con los "aproximadamente treinta años" de Jesús contados a partir del 749 750.

A esto los partidarios de la primera opinión objetan, es cierto, que no se halla ejemplo, en los usos romanos, de un cálculo semejante de los años de un reinado; pero, como escribiamos en nuestro comentario sobre el Evangelio según S. Lucas, "Wieseler ha demostrado recientemente, con ayuda de inscripciones y de medallas, que esta manera de calcular el tiempo del rei-

nado de los emperadores era utilizado en las provincias de oriente". Era muy conforme a la etiqueta oriental, así como convenía menos a las costumbres occidentales: ahora bien, estamos precisamente transportados a oriente para esta cuestión.

2° Duración de la vida pública de Nuestro Señor Jesucristo. Señalemos en primer lugar un error de varios autores eclesiásticos de los primeros siglos. Tomando demasiado al pie de la letra esta palabra del profeta Isaías: "(Me llamó) para predicar el año de gracia del Señor", que el divino Maestro se aplicó un día a si mismo en la sinagoga de Nazareth, concluían que la vida pública de Jesús no había durado más que un año. En nuestros día Keim ha intentado resucitar esta opinión, a fin de oponer los sinópticos a S. Juan y para rechazar mejor el cuarto evangelio.

¡Cómo si los sinópticos mismos no supusieran por si mismos, aquí y allá, que el ministerio del Salvador duró más de un año! Por ejemplo S. Marcos, cuando cuenta este mismo hecho: "Caminando El a través de las mieses en día de sábado sus discípulos mientras iban comenzaron a arrancar espigas", supone en todo rigor que la vida pública de Jesús duró alrededor de dos años, ya que en Palestina la maduración del trigo tiene lugar después de la Pascua.

Pero el cuarto evangelio, ya lo hemos dicho en otra ocasión, arroja las más vivas claridades sobre la duración del ministerio público de Cristo, mediante la mención tan exacta de ciertas solemnidades religiosas y de los viajes que Jesús hizo o no hizo a Jerusalén, para celebrarlos en el centro de la teocracia.

Según el relato de S. Juan, tres Pascuas al menos son completamente seguras durante este periodo: una un poco después del bautismo del Salvador, Joan. 2, 13 ss., probablemente en el 780 u. c., según lo que ha sido señalado antes; la segunda, Joan. 6, 1 4 , relacionada con el milagro de la primera multiplicación de los panes; la tercera, Joan. 11, 55, y 12, 1, que fue testigo de la pasión y de la muerte de Jesús.

Entre la primera y la segunda de estas Pascuas, S. Juan señala una fiesta, que él designa un poco vagamente con las palabras "día festivo de los Judíos". ¿Sería, como se ha pensado a

veces, la fiesta de los Purim o de las Suertes, que se celebraba en el mes de marzo, poco antes de las solemnidades pascuales? ¿Sería Pentecostés, el Yôm Kippou, la Dedicación, la fiesta de las Trompetas? Estas diversas opiniones han sido sostenidas por excelentes exégetas. Pero nosotros pensamos, sin dudar, siguiendo a S. Ireneo, que se trata de otra Pascua, a intercalar entre las de los capítulos 2 y 6; lo que da cuatro Pascuas en total para la vida pública de Jesús, en consecuencia tres años completos, desde el 780 al 783 u. c. (27 a 30 de la era vulgar), entre la primera Pascua, Joan. 2, 13, y la cuarta, Joan. 12, 1, con algunos meses que añadir antes de la primera, para el bautismo, la tentación y otros diversos hechos preliminares. Así pues alrededor de treinta años y medio en total, como lo admitieron Eusebio y S. Jerónimo.

III. EL AÑO DE LA MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Su fijación depende, acabamos de verlo, de la duración que se haya acordado al conjunto de la vida pública.

Intentemos, como anteriormente, apoyarlos sobre datos sólidos.

Nuestro Señor Jesucristo murió "bajo Poncio Pilato", como lo decimos en el símbolo, después del Evangelio; así pues su vida no se prolongó más allá del año 36 de nuestra era (789 u. c.), puesto que Poncio Pilato gobernó Judea hasta esta fecha.

Por otra parte, según los cuatro evangelistas, Jesús murió un viernes, el día más solemne de la Pascua judía, es decir el 15 nisan. Si se calcula los años en los que el 15 nisan cayó en viernes durante el último cuarto del siglo VIII de Roma, se halla precisamente el año 783, el trigésimo de la era vulgar (el 7 de abril), al que nos habían conducido nuestros precedentes cálculos.

Es fácil determinar, según esto, el número total de los años de Nuestro Señor Jesucristo. Nacido el 25 de diciembre del 749, tenía el 7 de abril del 783, día de su muerte, treinta y tres años, tres meses, trece días.

VIII. EL TEXTO PRIMITIVO DE LOS EVANGELIOS Y LA CRITICA TEXTUAL

1º Hemos dicho y demostrado, en cada una de nuestras introducciones especiales, que S. Mateo compuso su evangelio en hebreo, o más bien en el idioma arameo hablado en Palestina en los tiempos de Jesucristo, y que S. Marcos, S. Lucas y S. Juan escribieron originariamente los suyos en griego; además, que el texto arameo del primer evangelio fue muy pronto traducido al griego. Esta traducción habiendo hecho desaparecer bien pronto el original y habiéndose convertido en oficial, es pues el griego en realidad para nosotros el texto único.

2º Este griego no es en absoluto el de los escritores clásicos, es decir el dialecto ático. Se trata de lo que se llamaba el dialecto de la "koiné", o dialecto vulgar y popular, que se formó poco a poco, a partir de la época de Alejandro Magno, y que recibió su última forma en Egipto, sobre todo en Alejandría. Se convirtió en la lengua de los Setenta, no sin dejarse impregnar de un aroma hebraico; también fue, con las transformaciones necesarias para las nuevas ideas que era necesario expresar por medio de palabras antiguas, el idioma del Nuevo Testamento en general y de los Evangelios en particular. A partir de Scaliger, frecuentemente es designado con el nombre de "griego helenístico".

Este dialecto, convertido en tan interesante por ello mismo, ha sido objeto de estudios especiales, que nos han dado valiosos estudios de lexicografía, de gramática, de sinonimia, etc., gracias a los cuales la tarea del exégeta se ve singularmente facilitada.

3º Los manuscritos originales de los Evangelios parecen haber dasaparecido pronto; pero se habían hecho copias, que fueron multiplicándose cada vez más. Sin embargo, Dios no hizo un milagro especial para salvaguardar la perfecta exactitud del texto primitivo compuesto bajo su inspiración: los Evangelios no escaparon pues de la suerte de los libros ordinarios, y se deslizaron por todas partes faltas bastante numerosas.

Orígenes ya se quejaba de ello, y tuvo el cuidado de anotar algunas de éstas. En el último siglo se contaba para todos los

escritos del Nuevo Testamento aproximadamente 30.000 variantes; hoy en día se admite que existen al menos 150.000, porque se conoce un número mucho más considerable de manuscritos, y cada manuscrito recientemente descubierto o estudiado más a fondo, aporta su contingente especial de faltas o de lecturas. Pero sobre esta cifra que parece enorme a primera vista no hay más de 1200 a 1300 pasajes en los que la lección primitiva sea objeto de una verdadera incertidumbre. Casi siempre se trata o de simples variaciones en la ortografía, o de palabras traspuestas o de expresiones sinónimas. Las variantes serias, que afectan el sentido, son extremadamente raras, como decía Orígenes al pagano Celso, que se apoyaba en esta diversidad para atacar el fondo mismo del relato sagrado. En verdad poseemos en los detalles como en el conjunto, el texto original y auténtico de los evangelistas.

4° Como Orígenes, S. Jerónimo trabajó en establecerlo, colacionando los mejores manuscritos, lo que él denomina en alguna parte la "verdad griega", es decir el texto primitivo, tal como salió de la pluma de los evangelistas y de los otros autores inspirados del Nuevo Testamento.

IX. LOS EVANGELIOS Y LA CRÍTICA RACIONALISTA.

No tenemos que ocuparnos más que de una manera muy sucinta de este triste asunto, que no nos concierne directamente. Además no faltan buenas exposiciones y excelentes refutaciones. Añadamos que lo más frecuentemente la exposición clara y limpia de la verdad basta para prevenir la mayor parte de las objecciones y para reducirlas a la nada. Este es el principio que nos ha servido habitualmente de regla en nuestros cuatro volúmenes de comentarios.

Los ataques de racionalismo contra los evangelios se remontan a la segunda mitad del siglo XVIII. He aquí las principales fases.

1° Comenzaron con las groseras impiedades de los deistas ingleses, acompañadas pronto por injurias no menos triviales, o bien de los enciclopedistas franceses, o bien de algunos librepensadores alemanes. John Toland, Tindal y Woolston en Inglaterra,

Voltaire en Francia, Lessing y Reimarus en Alemania se distinguieron entre todos en esta guerra brutal donde la mala fe no es menor que la vulgaridad de los procedimientos. "Jesucristo era un visionario; los apóstoles impostores; los primeros cristianos fanáticos. Los hechos evangélicos habían sido inventados por un sacerdote ambicioso, redactados por falsarios, y creídos por imbéciles. He aquí sin velarlos bajo la frase, las amenidades de los incrédulos del siglo XVIII con respecto a esta iglesia primitiva, cuyo emocionante recuerdó encantará eternamente las conciencias cristianas... Una palabra repetida sin cesar, la de "impostura", explicaba el Evangelio. El nacimiento de Jesús de una virgen era una impostura; la vida milagrosa del salvador una impostura; su resurrección una impostura; la divina misión de los apóstoles, sellada por el milagro de Pentecostés una impostura".

El escándalo fue tal que hombres del calibre de Jean Jacques Rousseau se creyeron obligados a protestar públicamente. Es lo que nos ha valido las célebres palabras: "La majestad del Evangelio me sorprende; su santidad habla a mi corazón... Así no es como se inventa; el inventor sería más sorprendente que el héroe". Desgraciadamente se produjo un gran mal y muchos negaban la divinidad de Jesucristo, aun reconociendo al Salvador los títulos de gran hombre y de moralista distinguido.

2° Con Semler, que es considerado como el padre del racionalismo propiamente dicho, la cuestión evangélica sufrió una cierta transformación. Jesús y sus apóstoles dejaron de ser considerados como vulgares impostores; sin embargo no se tuvo miedo de afirmar que se habían "acomodado" esta fue la palabra empleada a las ideas, incluso falsas de sus contemporáneos en la esperanza de llevarlos así más fácilmente a un estado superior de santidad. Por ejemplo, por una acomodación de este tipo Jesús consintió en pasar por el Mesías.

En realidad, la impostura sería mucho menos grande?

3° Vino a continuación porque esto incluso pareció demasiado fuerte y absolutamente injustificable el sistema de la interpretación natural, del que Paulus fue el principal corifeo.

Nada de milagro, nada de sobrenatural en el evangelio, por supuesto; por cierto que ninguna de estas escuelas lo quiere,

y que no difieren nada las unas de las otras sino por los métodos que emplean para excluir este elemento. Por otra parte nada de impostura ni de fraude. Sólamente los evangelistas hablaron la lengua imaginaria y exagerada de oriente; nos corresponde a nosotros los occidentales traducir sus relatos en nuestro idioma más simple, es decir reducir a sus justas proporciones estos milagros aparentes.

Este es el principio. Se toman pues los hechos uno tras otro para apartar los detalles demasiado "orientales", y para llevarlos a su sustrato primitivo.

¿A qué curiosos descubrimientos se llega de este modo! Los pastores de Belén vieron un simple fuego fugaz, y creyeron que eran ángeles. Los resucitados del evangelio no estaban muertos, sino sólo en letargo; el propio Jesús fue devuelto a la vida por los aromas con los que se había embalsamado su cuerpo. "Los comentaristas de S. Juan dicen que en las bodas de Caná Jesús cambió el agua en vino. (Error de interpretación! Era costumbre, entre los judíos ofrecer como regalos de bodas a los recien casados regalos de vino o de aceite. Jesús habiendo traido a Caná, sin que hubieran sido invitados, a cinco nuevos discípulos que acababa de ligar a su persona, previó que no les llegaría el vino, e hizo traerlo en cantidad; sin embargo como broma mantuvo su regalo oculto hasta el momento en que faltó el vino. Entonces hizo derramar agua en una tinaja para divertirse; pero el vino se encontró en las otras tinajas donde había sido puesto. La "gloria" que sacó de esto, como dice S. Juan, fue su reputación de buen humor". Igual o por el estilo, para la multiplicación de los panes, etc.

¡Cuánto se burla Strauss, y con toda razón de estas niñerías que hoy están casi totalmente olvidadas! (Cf. Cornely, l.c., p. 719.).

4º El sistema del "mito" inaugurado por Eichhorn, Vater, de Wette, etc. para el Antiguo Testamento,se personificó en Strauss para lo que se refiere a los Evangelios. Volúmenes llenos de ciencia, o más bien de una "erudición indigesta" que atestiguan también una altanera arrogancia, desarrollan las siguientes ideas, que Luthardt ha agrupado habitualmente en su excelente refuta-

ción: “Los historiadores modernos de la vida de Jesús”[1]. “¿Qué sabemos nosotros ahora de Jesús? Extremadamente poco. Ante todo sabemos esto, que en su persona y en su obra no había nada ni sobrenatural ni milagroso, y esta negación es el punto fundamental. En lo que respecta a su lado positivo, debemos reconocer que hay pocos grandes hombres de la historia sobre los que nos hayamos informado tan imperfectamente como sobre Jesús[2]. ¡Cuánto más clara y limpia nos aparece la figura de Sócrates, que sin embargo esta a cuatro siglos de distancia! Es sorprendente. Nadie ha producido sobre los hombres una impresión tan profunda como Jesús; nadie ha dejado huellas de su actividad tan duraderas como las suyas; y es sobre quien tenemos menos informaciones; y sin embargo no pertenece a los tiempos nebulosos de la antigüedad, sino a los tiempos serenos de la historia. La culpa la tienen los evangelistas; ellos han dejado invadir su biografía de tantas formaciones míticas que está enteramente velada, e incluso borrada”[3].

Pero por el contrario, el Cristo de los Evangelios es casi enteramente ideal; su vida no esta compuesta más que de ficciones. Porque esto en el fondo es lo que Strauss y sus seguidores entienden por la palabra “mito”. “El mito es como la apología fruto de la imaginación; pero se diferencia de éste en que es una especie de encarnacuión de las ideas populares en un momento dado. Las aspiraciones de una época, su manera de concebir las cosas, sus deseos y sus ideas toman cuerpo un día, su ideal se personifica en un ser o en un relato imaginario: he ahí el mito. No es el escritor que nos lo cuenta el creador, no es tampoco tal o cual individuo aislado; ¡no! Es una creación colectiva, anónima, espontánea, inconsciente, en la que cada uno ha aportado algún rasgo, algún elemento, sin que sea posible distinguir en cada uno la parte que le corresponde. Esta es la manera en que los Evangelios fueron compuestos por la imaginación popular, antes de ser escritos por los cuatro evangelistas. Los apóstoles anuncian al mundo que su maestro crucificado ha salido vivo del sepulcro al tercer día. De las dos cosas, la una, decía la crítica antigua: o bien el acontecimiento tuvo realmente lugar, o bien no tuvo lugar; en el primer caso, los apóstoles dijeron la verdad; en el segundo,

mintieron. Según la nueva crítica, según Strauss, hay un término medio entre los dos miembros del dilema, entre la realidad del hecho y el engaño de los discípulos de Jesús: es el mito. La suposición de la realidad del hecho no es admisible, a causa de la imposibilidad del milagro. la del engaño es dicutible. ¿Quién nos prueba que los apóstoles han debido saber que Jesús no había resucitado? ¿Quién nos prueba que la imaginación popular no había imaginado realmente el mito de la resurrección del Mesías y que los apóstoles no han creido sinceramente en el mito? Así ellos pueden haber actuado y hablado con toda honestidad, y vemos desaparecer a la vez la contradicción insoportable entre una mentira consciente y una fe bastante ardiente como para cambiar la faz del mundo. Según la creencia de la Iglesia, Jesús volvió milagrosamente a la vida; según la opinión de los deistas, como Reimarus, su cadáver fue robado por los discípulos; según la exégesis de los racionalistas, como Paulus, Jesús no murió más que aparentemente y volvió naturalmente a la vida; según Strauss, "la imaginación de los discípulos avivada por su corazón emocionado, les representó como vuelto a la vida al Maestro a quien no podían resignarse a creer muerto. Lo que durante siglos había pasado como un hecho exterior, considerado primero como maravilloso, después como fraudulento y por fin como simplemente natural, hoy día es clasificado entre los fenómenos de la vida del espíritu; se hace un hecho puramente psicológico"[4], el producto de la imaginación popular, un mito" [5].

Para resumir todo en algunas palabras, las esperanzas y los deseos de los hombres, su respeto así como sus miedos, han tenido siempre una tendencia a transformarse en mitos. Así en el primer siglo de nuestra era, los judíos esperaban un Mesías; hacia este mismo tiempo apareció un maestro, Jesús, que parecía realizar todos sus deseos. Su nombre se convirtió inmediatamente en el centro alrededor del cual se agruparon todos los deseos, todas las imaginaciones: deseos e imaginaciones, que no tardaron en tomar la forma bajo la cual nos han sido conservados en los evangelios[6].

Mostruoso sistema, en verdad, que levantó desde todas partes protestas, incluso en la Alemania protestante y racionalis-

ta. Le debemos los hermosos trabajos de Neander, Lange, Ebrard, Tholuck, sobre los santos Evangelios. Pero se tiembla verdaderamente, cuando se piensa en todo lo que hay de hábilmente satánico en los ataques de Strauss y en el mal que habrían podido producir sobre espíritus ligeros o mal dispuestos.

5° La hipótesis denominada de "tendencias" apareció poco tiempo después de Strauss, con su contingente especial de negaciones y su nuevo modo de ataque. Tuvo como principal autor a Ferdinand Christian Baur, cabeza de la famosa escuela de Tubinga y como principales adeptos a algunos de los discípulos del maestro, tales como Schwegler, Zeller, Rtschl, Hilgenfeld, Volkmar, Koestlin, etc. Admiten a parte de los milagros, el carácter histórico de la mayoría de los hechos contados en el Evangelio y la realidad de la enseñanza de Jesús; pero según ellos los evangelios deben su origen como la mayor parte de los otros escritos del Nuevo Testamento a luchas intestinas que habrían puesto a la naciente Iglesia a dos dedos de su destrucción.

Cedamos de nuevo la palabra a Vigourox: "La idea fundamental de la crítica de Baur", la que le ha dado su nombre, es que ha habido dos partidos opuestos en el seno del cristianismo primitivo, el ebionitismo, o petrianismo, derivado del esenismo, y el paulinismo. El antagonismo entre los partidarios de Pedro y los partidarios de Pablo, he ahí la llave que abre todas las puertas cerradas hasta entonces a la inteligencia crítica; he ahí la solución de todos los problemas de los orígenes cristianos... Los Evangelios son el reflejo, no del objeto que trazan, sino de las "tendencias" belicosas o conciliadoras de sus autores. Nos cuentan no tanto la historia de Jesús como la de la Iglesia y teorías diversas de cada facción de la Iglesia sobre su fundador".

Así como hemos dicho en otra parte, S. Mateo, de acuerdo con este sistema habría escrito un Evangelio para apoyar la facción judaizante o el partido de los petrianistas; otro, un poco más tarde, se habría lanzado a la pelea con el evangelio que lleva el nombre de S. Lucas, al objeto de defender la facción liberal o pauliana. El Evangelio según S. Marcos tendía la mano a los dos partidos hostiles, a fin de acordar entre ellos una reconciliación.

He ahí en su esencia el sistema de las "tendencias", que

está en contradicción con la historia no menos que todos los que le habían precedido.

6º No se trata ya de escuelas propiamente dichas, sino de simples matices divergentes, lo que representan los nombres de Ewald, Renan, Schenkel, Keim, el autor del "Ecce homo", Volkmar, etc.

Ewald[7], tan felizmente dotado el el aspecto exegético, pero cuya dureza e ideas racionalistas han malogrado en gran parte su talento, se ocupó sobre todo del Antiguo Testamento. Sin embargo su "Historia del pueblo de Israel" lo llevó más tarde a ocuparse de la vida de Jesús, a la que consagró un volumen entero[8], aparte del libro sobre los Evangelios del que hemos tratado más arriba[9]. Nacimiento completamente humano de su héroe y sin embargo hasta cierto punto la resurrección; realidad del milagro de Caná, de varias curaciones evangélicas, etc.: como se ve, una singular mezcla de lo divino y de lo humano en Nuestro Señor Jesucristo.

Renan ha sido juzgado desde hace mucho tiempo como crítico. Simple "eco" de la "voz" alemana[10], y sin embargo maltratado por sus buenos amigos de Alemania, a cuyas invenciones él había "dado algún lustre"[11], gracias a la facilidad y al colorido de su lenguaje; tratado por ellos como "diletante sentimental"[12]; a remolque de todos y en contradicción con todos; llevando la mobilidad y la versatilidad hasta el punto de no poder ponerse de acuerdo consigo mismo.

Los racionalistas lo juzgaron con más severidad quizá que los católicos. "La obra, tal como fue compuesta[13], hace poco honor al pais que lo produjo, y no podía salir otra cosa del medio en el que fue concebido"[14]. Estas palabras de Ewald son poco halagadoras para la ciencia francesa; son aún menos halagadoras para Renan. Keim golpea más duramente y con menos delicadeza, si es posible:

"El libro de Renan es ante todo un libro parisino, un producto superficial; es nulo para el estudioso, que no podría encontrar en él nada de utilidad". Sin duda, se produjo un gran escándalo; Pero hubo también, a causa de la propia enormidad del escándalo un feliz movimiento de reacción, que dio lugar, no sólo

a numerosos folletos, en los que se ha debido ver inmediatamente la debilidad de esta "Vida" fantasiosa, sino también a obras de grandes vuelos, atrayentes y sólidas al mismo tiempo que contribuyeron durante largo tiempo a dar a conocer a amar a Nuestro señor Jesucristo, mucho más que Renan consiguiera hacer blasfemar.

Baste citar las obras de Schenkel, Seeley y Keim, de los que habría que hablar demasiado largamente, si quisieramos analizar lo que contienen de especial en el terreno del error. Además, ninguna novedad, nada característico: es más bien eclecticismo, formado por prestamos de los cuatro grandes sistemas que han sido descritos más arriba: sistema de la blasfemia grosera, sistema de la explicación natural, sistema del mito, sistema de las tendencias.

7º Evidentemente, no es el lugar aquí de refutar en detalle todos los ataques dirigidos contra los Evangelios. Nos limitaremos pues, por una parte a recordar algunos principios, por otra parte a insertar algunas citas buenas y hermosas que desarrollarán los principios.

a) Estos diversos sistemas son psicológicamente imposibles. Todos presentan una novela en lugar de la verdadera historia; porque ¿cómo explicar, si los Evangelios están de una manera o de otra llenos de falsedades, el rápido y universal establecimiento de la Iglesia, su duración, el testimonio de los mártires?

Estos diversos sistemas se contradicen mutuamente, y han conseguido maravillosamente rebatirse uno a otro, mientras que los Evangelios pervivirán para siempre.

Estos diversos sistemas tienen la arbitrariedad como base y tienen todos un punto de partida absolutamente opuesto a la verdadera ciencia; queremos decir, la negación absoluta, a priori, de lo sobrenatural.

Estos diversos sistemas no tienen en cuenta para nada la sorprendente armonía que reina entre los evangelios y las profecías del Antiguo Testamento relativas al Mesías, es decir entre el periodo de cumplimiento y el periodo de preparación, entre la realidad y la figura.

b) Ahora escuchemos. Los portavoces pertenecerán a

todas las categorías religiosas; su sorprendente acuerdo no tendrá sino más fuerza.

"¿Qué pueden importar al hombre serio el Cristo según Seeley, Keim, Renan, Schleiermacher, Strauss y Paulus, cuando nosotros tenemos al Cristo según el evangelio? Es de una biografía como de una pintura. La mejor llegada para la familia y para el público no es aquella en la que el hombre genial pone una idea personal, sino aquella en donde la verdad y la exactitud crean la semejanza. En suma, después de tantos esfuerzos de la ciencia al servicio del libre pensamiento, ¿cuáles son los resultados conseguidos por la crítica nagativa? Remontaos a un siglo y ved. Eichorn acabó con Reimarus, el desconocido de los "fragmentos de Wolfenbüttel"; Paulus acabó con Eichhorn; Strauss acabó con Paulus; Baur acabó con Strauss, dejando a Renan y a Keim la tarea de acabar su sepultura. Después tantos otros acabaron con Renan y la cadena continuará en el futuro así como en el pasado sin otras variantes. Es la historia de los falsos testigos que contradecían en el tribunal de Caifás:

"Muchos decían falso testimonio contra él, y los testimonios no estaban de acuerdo".

"Sí, el carácter de Cristo sobrepasa absolutamente el terreno de sus apóstoles; por ello lo considero verdadero".

"Considero los Evangelios auténticos; porque en ellos se siente el resplandor de la grandeza que emanaba la persona de Cristo, y que es de un género divino como jamás la divinidad ha aparecido en la tierra".

"Me esfuerzo por mostrar que el carácter del Cristo de los Evangelios es perfectamente real y constante en todos sus rasgos esenciales, y al mismo tiempo es un carácter tan particualar, tan individual, que no podría haber sido inventado por el genio de ningún autor, y menos aún por lo que se llama la conciencia de un siglo. Y si el carácter descrito en los Evangelios es real e histórico, ¿cómo podría dejar de admitirse que los evangelios son dignos de fe?"

"Esto no ha podido ser inventado; ningún hombre natural sería capaz de ello".

"Cuando un número tan grande de teólogos librepensado-

res me certifica que no se mueven más que por el interés histórico, me guardo bien de creerlos, dado que esta postura no es ni loable, ni siquiera posible. Cuando se escribe sobre los faraones, se puede estar movido por un interés histórico; pero el cristianismo es una fuerza tan viva, encierra tales consecuencias para los tiempos presentes, que sería necesario no ser más que un investigador idiota (sic), para no decidir esta cuestión más que desde el punto de vista de la historia".

"¡Ni un escritor, ni varios, estando de acuerdo o no estando, habrían podido crear un carácter que sobrepasa tan completa y absolutamente las capacidades del espíritu humano; y se pretende que haya salido de la incubación lenta, profunda, inconsciente del pueblo! ¡El libro más hermoso que haya iluminado, consolado, encantado como ninguno a la humanidad, habría sido creado por todo el mundo, es decir por nadie! ¡Esta figura que ningún pincel ha podido embellecer, hubiera sido sostenido por la mano magistral de un Rafael, de un Fray Angelico, de un Leonardo da Vinci, de un Van Eyck, que permanece más hermosa que la hermosura, se habría hecho ella sola! ¡Habría surgido, por sucesivos embellecimientos, del corazón y de las entrañas de las primeras comunidades cristianas! Pero se me permitirá plantear aquí una sola cuestión:

Estas comunidades, ¿quién las ha hecho? ¿Cómo se hicieron cristianas? ¿No es el Cristo conocido, amado, adorado como Dios y como Hombre, quien ha hecho el pueblo cristiano? Entonces, ¿cómo es que el pueblo es quien ha hecho a Cristo?"

"Decimos que si en los actos de Jesús no hubiera habido nada que sobrepasara la experiencia de todos los días, su historia no sería más que incomprensible. Sus predicaciones morales habrían sido, por imposibles, diez veces más sorprendentes y más sublimes que lo que en efecto lo son, no habría ciertamente producido por si mismas este movimiento extraordinario, en una población tan poco preparada para penetrar en ellas, tan poco preparada incluso para apreciarlas en su justo valor, tan incapaz de medir su valor. Era necesario para estas masas alguna otra cosa que les elevara, que les arrastrara, que no corriera el riesgo de desvanecerse en su espíritu aún poco firme, cuando una catástro-

fe inesperada parecía deber provocar una reacción funesta y definitiva.

A menos de decir que todo lo que nuestros Evangelios cuentan del entusiasmo del pueblo, de sus juicios, de sus veleidades políticas sobre todo, a propósito de la persona del profeta de Nazareth, no es más que fábula y mentira, es necesario que haya habido otro elemento, un móvil completamente nuevo, querriamos decir un resorte palpable que haya dado el impulso en una esfera en la que la fuerza de las ideas no es ordinariamente la mayor. ¿Quién no pensaría aquí primero en esas numerosas curaciones que forman, al lado de la parte didáctica el verdadero fondo de la historia de Jesús? ¿Nos atreveríamos a decir que ha podido, arrogándose los aires de taumaturgo de su jefe, abusar audazmente de la credulidad de sus circundantes? Para ser los medios tan mezquinos y tan indignos, su finalidad era demasiado grande y demasiado pura. Y por otra parte, si se quería atrincherarse tras la suposición de que esta misma credulidad ha podido confundirse sobre la naturaleza de los efectos producidos, o que la fama ha podido exagerar sus proporciones, no hay que perder de vista que en muchas épocas de la historia cristiana, fenómenos análogos se han producido en relación íntima con grandes movimientos religiosos y en circunstancias en las que los testimonios de los contemporáneos no podrían ser apartados por la cuestión previa...

Pero todavía hay que poner de relieve otra consideración en favor de nuestros escritores. Es evidente que no cuentan más que lo que se creía en sus tiempos. Ellos no han inventado los hechos que relatan. No son ellos los que han tomado la iniciativa de la fe y de la tradición de la Iglesia. Esta ha existido antes de sus escritos, y ha existido, en parte al menos, porque creía en estos hechos. Ahora bien, una institución como la Iglesia no puede tener como base una simple ilusión. Podríamos decir que nuestros Evangelios, en sus primeros esbozos, están demasiado próximos a la época de Jesús, para que haya habido margen para una transformación completa, fabulosa, mítica de su historia; pero iremos mucho más lejos: diremos que aun cuando poseyéramos libros más antiguos, aun más próximos a los acontecimientos, no es probable que nos los representasen bajo otro aspecto. En primer

lugar, la fe de los individuos, como la de la comunidad, conservando religiosamente lo que constituía la esencia de la enseñanza del Maestro, se apoyó sobre otra cosa, sobre los hechos materiales que no corrían el riesgo de desvanecerse en contacto con una discusión contradictoria con estos primeros testigos... El comentarista no tiene pues la misión, así como tampoco habría tenido los medios, de reducir sus relatos a proporciones más simples, o, como se dice, más naturales. La experiencia ha demostrado que todas las tentativas de este tipo abocan fatalmente a resultados mezquinos e inverosímiles".

Notas:

1 Confèrence sur les écrits de Strauss, Renan et Schenkel, trad. de l'allemand par Ph. Corbière, París 1865.
2 Cornely, loc. cit., p. 720.
3 Pages 26-27.
4 Les paroles soulignées sont celles du d'Strauss lui-même.
5 F. Vigouroux, La Biblie et les découvertes modernes, t. I, p. 61 et suiv.
6 Voyez Plumptre, Christ and Chrstendom, p. 333.
7 Mort en1875.
8 Geschichte Jesu und seiner Zeit, 1855.
9 Page 45, note 2.
10 Mgr. Meignan, L'evangile et la critique au XIXe siècle, p. 5.
11 Fouard, Vie de N.S. Jésus-Christ, t. I, p. X de la 2ª edit.
12 Hagenbach, Encyklopœdie und Methodologie der theologisch. Wissenschaften, p. 206. 8ª edit.
13 Vie de Jésus, París 1863.
14 Voyez Mgr. Meignan, M. Renan rêfuté par les rationalt. allemands, París 1863.

X. DIVINIDAD DE LOS EVANGELIOS

Como las otras partes del Antiguo y del Nuevo Testamento, los Evangelios son divnos porque están inspirados: "Tienen a Dios como autor", tal como lo expresa el Concilio Vaticano. El Concilio de Florencia lo había dicho con menos concisión: "La Sacrosanta Iglesia Romana cree muy firmemente, confiesa y declara que un solo Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu

Santo, es el creador de todas las cosas visibles e invisibles... declaramos que este mismo y único Dios es el autor del Antiguo y del Nuevo testamento, esto es de la Ley de los Profetas, y del Evangelio".

No tenemos aquí que insistir en esta tesis, que es ante todo dogmática. Nos ha parecido conveniente sin embargo, sobre todo por la especial importancia respecto a la historia evangélica, y también por los ataques del racionalismo, recordar en este punto algunos de los verdaderos principios.

1º Todo el mundo conoce la célebre frase de S. Agustín: "Yo... no creería en el evangelio, sino me conmoviera la autoridad de la Iglesia Católica".

Nada más profundo que esta aparente paradoja.

¿Quién me dirá en efecto que tal o cual libro es inspirado, y en consecuencia divino, sino una autoridad infalible, que no podría ni equivocarse ni equivocarme? Y esta autoridad es la Iglesia, tal como lo han enseñado todos los siglos cristianos.

Y nada más natural, ya que la Iglesia es, en el tiempo y en la autoridad, anterior y superior a los Evangelios. Estaba fundada y constituida muchos años antes de su aparición; ella los ha recibido y conservado como un depósito sagrado; ella les ha dado y mantenido su verdadera interpretación; ella, incluyendolos en el canon de las Santas Escrituras, ha proclamado su inspiración y su divinidad. Y este hecho completamente histórico resulta mucho más fácil de comprender, si recordamos que los mismos autores según Dios de los evangelios habían trabajado directamente en fundar la Iglesia por su predicación, antes de consignar la vida de Jesús por escrito. "Estos, dice S. Ireneo, que nos han hecho conocer el evangelio, lo han predicado primero; después, por voluntad de Dios, han depositado en las Escrituras el fundamento futuro y la columna de nuestra fe" (Contra las Herejías, III, 1).

2º El testimonio general de la Iglesia en favor de la divinidad de los evangelios se descompone, en el detalle, en millares de testimonios particulares, que forman el admirable y sólido haz de la tradición.

Los textos que hemos alegado, en nuestros volúmenes precedentes, para demostrar la autenticidad de cada uno de los

Evangelios independientemente, prueban al mismo tiempo su canonicidad, y en consecuencia su inspiración. Pero citaremos todavía algunos otros, que se relacionan muy directamente con nuestro tema actual.

La Epistola de S. Bernabé: "Estemos atentos, no sea que, como está escrito, muchos sean llamados y pocos elegidos"[1]. Las palabras "como está escrito" relacionan del modo más evidente el pasaje tomado de S. Mateo y en consecuencia el primer evangelio entero a los libros inspirados y divinos.

S. Ignacio de Antioquía:[2] "Conviene prestar atención a los Profetas, y sobre todo al evangelio, en el que se nos ha mostrado perfectamente la pasión y la resurrección". He ahí los Evangelios asimilados a los Profetas, o más bien colocados por delante de los Profetas, cuyos escritos eran considerados ciertamente como divinos[3].

S. Clemente Romano, Basílides, etc. citan aquí y allá pasajes sacados de los Evangelios, con la mención expresa: "La escritura dice, está escrito".

En el fragmento antiguo atribuido, aunque falsamente al sacerdote Caius, leemos[4]: "Aunque diversos principios estén inculcados en cada evangelio, sin embargo la fe de los creyentes sigue siendo la misma, ya que todo lo que concierne al nacimiento, la pasión y la vida (del Salvador) está contado por todos ellos bajo el único y principal Espíritu"[5].

Theonas de Alejandria: "Entretanto será alabado el evangelio y el apóstol (es decir el resto del Nuevo Testamento) como oráculos divinos"[6].

Teófilo de Antioquía: "También de la justicia que la ley ordena, son concordantes las sentencias de los Profetas y de los Evangelios, puesto que todos han hablado plenos del mismo espíritu de Dios"[7].

Clemente de Alejandría: "No hay disonancia, sino una perfecta armonía entre la ley y el evangelio, porque proceden de un único y mismo autor, Jesucristo"[8].

Orígenes[9]: "Los relatos de los evangelios son oráculos del Señor, oráculos muy puros, como la plata que ha sido purificada siete veces al fuego".

Del siglo primero y segundo pasamos de golpe a este hermoso texto de S. Agustín[10], que es como un resumen de las creencias de la tradición entera:

"Al escribir éstos (los profetas y los apóstoles) las cosas que él (Cristo) mostró y dijo, en absoluto debe decirse que él mismo no las haya escrito; pues sus miembros realizaron lo que conocieron al dictado de la cabeza. En efecto lo que él quiso que nosotros leyeramos de sus acciones y de sus palabras, les inspiró a ellos el escribirlas como con sus propias manos. Quienquiera que entienda esta unión, comprenderá lo que lee en el evangelio de Cristo según la narración de los discípulos del mismo modo que si viera la propia mano de Dios que tenía en su cuerpo escribiendo".

Por lo demás, ¿Nuestro Señor Jesucristo no había prometido en los términos más solemnes una inspiración especial a sus apóstoles y sus discípulos para su predicación, cada vez que tuvieran que dar testimonio de él? Matth. 10, 19 20: "Cuando os entreguen no penséis cómo o qué vais a hablar; pues se os dará en aquel momento lo que debéis hablar. Pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. Matth. 28, 18 20:

"Id y enseñad a todos los pueblos... Y yo estoy con vosotros todos los días". Joan. 14, 26: "El Paráclito... el Espíritu Santo... él os enseñará todo y os sugerirá todas las cosas que os diré"[11]. Esta inspiración no podía faltar a los evangelistas para el género más elevado y más importante de su ministerio.

3º El culto público o privado de los evangelios desde los primeros siglos de la Iglesia es una prueba más de la creencia en su inspiración, en consecuencia una prueba de su divinidad.

Habiamos señalado a este respecto cierto número de rasgos arqueológicos. Encontrándolos después muy bien agrupados por M. Martigny, en su célebre "Dictionnaire des antiquités chrétiennnes", hemos querido rendir un humilde homenaje a la memoria de este venerado sabio, dando integramente dos de sus páginas[12].

A. Culto público. "El libro de los santos Evangelios fue en todo tiempo en la Iglesia objeto de un culto religioso. El cuar-

to Concilio de Constantinopla, Act. 10, can. 3, ap. Labbe, t. 10, p. 634, no hizo más que renovar la doctrina del segundo concilio de Nicea, que no era sino la expresión del espíritu primitivo del cristianismo, decretando que se debía rendir al libro del Evangelio el mismo culto que a la propia imagen de Jesucristo. Los Padres ponían un celo infinito en conservar el texto en toda su pureza e integridad y escribían a menudo copias con su propia mano. Es lo que se sabe en particular de S. Pánfilo (Hier., De vir. illustr. 75), de Eusebio (ibid., 81) y de S. Jerónimo (Epist. 6). Los dos primeros, unidos, como se sabe, por lazos de estrecha amistad se asociaron muchas veces en un celo piadoso por esta obra importante. Nos quedan todavía hoy muchos manuscritos sirios y griegos, donde se reproducen fielmente las anotaciones que habían puesto estos dos grandes hombres al final de los ejemplares corregidos por ellos (ved también de Rossi, Bolletino, ann. I, p. 67): "Corrigiendo cuidadosamente yo Eusebio corregí, estableciendo Pamfilo la colación; Pamfilo y Eusebio corregimos con cuidado, con su propia mano Pamfilo y Eusebio corrigieron; de nuevo con nuestra propia mano corregimos Pamfilo y Eusebio", etc.

Para obtener la corrección de las copias no se retrocedía ante ningún gasto, tal como lo vemos por los precios marcados al final de ciertos manuscritos más destacados (Borgia, "De cruce Velit., 183). Al principio cada Evangelio estaba escrito en un volumen aparte. S. Jerónimo es el primero que ha formado lo que después se ha denominado un "leccionario" o un "evangeliario", y el Papa Dámaso ordenó su lectura durante la liturgia. Esta lectura se hacía en todas las lenguas habladas por las diferentes personas presentes; en Scythopolis, Procopio, que era lector y exorcista, leía el Evangelio en griego y lo explicaba en lengua sirio caldea.

Lo más frecuentemenete se tenía estos libros sagrados en bibliotecas especialmente destinadas a este uso; más tarde se colocaron en uno de los "secretaria" que se abrían a los dos lados del altar, en el abside (Paulin., ep. ad Sev., 12). S. Ambrosio nos enseña (Epist. 4, class. 1), que en Milán se encerraban en un cofre adornado de oro: "allí está el arca del Testamento, cubierta por todas partes de oro, es la doctrina de Cristo". Entre las riquezas

que el rey Childeberto había traaido de España, S. Gregorio de Tours (Hist. Franc., l. 3, c. 10) cuenta veinte arcas de oro puro adornadas de perlas y destinadas a contener el libro de los Evangelios: "Trajo veinte arcas de los Evangelios de oro puro y adornadas con piedras preciosas". Tal es también la descripción que da de un cofre del mismo tipo, realizado por orden de la hija del emperador León: "Ordenó fabricar un arca de oro puro y piedras preciosas para guardar los santos Evangelios" (De glor. confess., c. 63). El mismo uso existía en Roma, porque se dice en el Orden romano (t. 7) que el subdiácono habiendo hecho besar el Evangelio al clero y al pueblo, lo encerraba en el cofre precioso que sostenía el acólito.

Se puede ver en los monumentos liturgicos de todos los ritos ceremonias llenas de respeto y solemnidad que presidían la lectura del Evangelio en la liturgia sagrada. Nos es imposible entrar en este detalle, por interesante que sea.

En los concilios se colocaba el Evangelio sobre un trono elevado cubierto de ricos tejidos, desde donde parecía presidir estas santas asambleas. Un mosaico del baptisterio de Ravena nos ha conservado la representación de este uso solemne. Se ve allí el evangelio abierto depositado sobre un "suggestus", sostenido por cuatro columnas, y a cada lado en un nicho absidial, está representada una sede episcopal: es la imagen abreviada de un concilio.

Nota:

[1] N. 4. Cf. Matth. IX, 13- - [2] Ad Smyrn., 7.
[3] S. Ignace dit encore, loc. cit., 8: "Confugiamus ad Evangelium, tanquam ad corporaliter prœsentem Christum".
[4] Ap. Routh, Reliquiœ sacrœ, t. IV, p. 3.
[5] D'après le grec, "l'Esprit qui dirige", qui a l'hêgémonie.
[6] Routh, l.c., t. III, p. 443. - [7] Ad Atuol, III, 12.
[8] Strom., II, 23 -
[9] De princ., IV, 14.
[10] De consensu evangelistarum Lib. I, n. 54
[11] Cf. Joan XVI, 12 - 13; Gal. I, 11-12.
[12] P. 299-301, d'aprés la 2ª edit., Paris 1877. Voyez aussi F. X. Kraus, Real-Encyklopœdie der christlichen Allerlümer, t. I. p. 436-458.

BIBLIOGRAFIA

Padres Apostólicos, BAC 65, de D. Ruiz Bueno. Contiene también los fragmentos de Papías.

Padres Apostólicos, Apostolado Mariano. Le falta Papías.

Apologías, de S. Justino, Apostolado Mariano.

Contra las Herejías, de S. Ireneo, 5 tomos, Apostolado Mariano.

Stromatéis, de S. Clemente Alejandrino. Abadía de Silos.

El Apologético, de Tertuliano. Apostolado Mariano.

Padres Apologistas Griegos, BAC 116: Arístides, S. Justino, Taciano, Atenágoras, Teófilo de Antioquía, Hermias el Filósofo.

Orígenes Contra Celso, BAC 271.

Historia Eclesiástica, de Eusebio de Cesarea, 2 tomos, BAC.

De Viris Ilustribus, de San Jerónimo. Apostolado Mariano.

La Concordancia de los Evangelistas, BAC 521, de S. Agustín.

Todos estos libros, que son los que más se citan en esta obra, están traducidos al castellano y se hallan ala venta en las editoriales señaladas.

INDICE

Presentacion 5

EVANGELIO SEGUN SAN MATEO

I- Noticio biográfico sobre San Mateo 9
II - Autenticidad del primer Evangelio 11
III - Integridad 18
IV - Tiempo y lugar de la composición del primer Evangelio .20
V - Lengua en que fue escrito el primer Evangelio 22

EVANGELIO SEGUN SAN JUAN

I - El Apóstol San Juan 33
II - La autenticidad del cuarto Evangelio 46
- 1 Las Pruebas extrínsicas 46
- 2 Las Pruebas intrínsicas 59
- 3 Los racionalistas y sus sofismas 69
III - La ocasión, las fuentes, el fin del cuarto Evangelio 77
IV - Tiempo y lugar de la composición 86
V - El carácter del Evangelio según San Juan 88

INTRODUCCION GENERAL A LOS EVANGELIOS

I - Número de Evangelios 95
II - Orden y sucesión de los Evangelios en el canon del N.T. 98
III - Las representaciones simbólicas de los 4 evangelistas . .99
IV - Los títulos de los Evangelios 101
V - El contenido de los Evangelios 105
VI - Relaciones de los cuatro evangelistas entre ellos,
sus similitudes y sus diferencias. Las razones de estas
similitudes y divergencias 119

- 1 Estado de la cuestión 120
- 2 Relaciones mutuas de los Evangelios sinópticos 122
- 3 Relaciones del cuarto Evangelio con los tres primeros 147
VII - La Cronología de los Evangelios 158
- 1 El año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo . . .160
- 2 Comienzo y duración de la vida pública de Jesús . . .164
- 3 El año de la muerte de Ntro. Señor Jesucristo 167
VIII - El texto primitivo de los Evangelios y la crítica textual168
IX - Los evangelios y la crítica racionalista 169
X - Divinidad de los Evangelios 180
Bibliografía 187